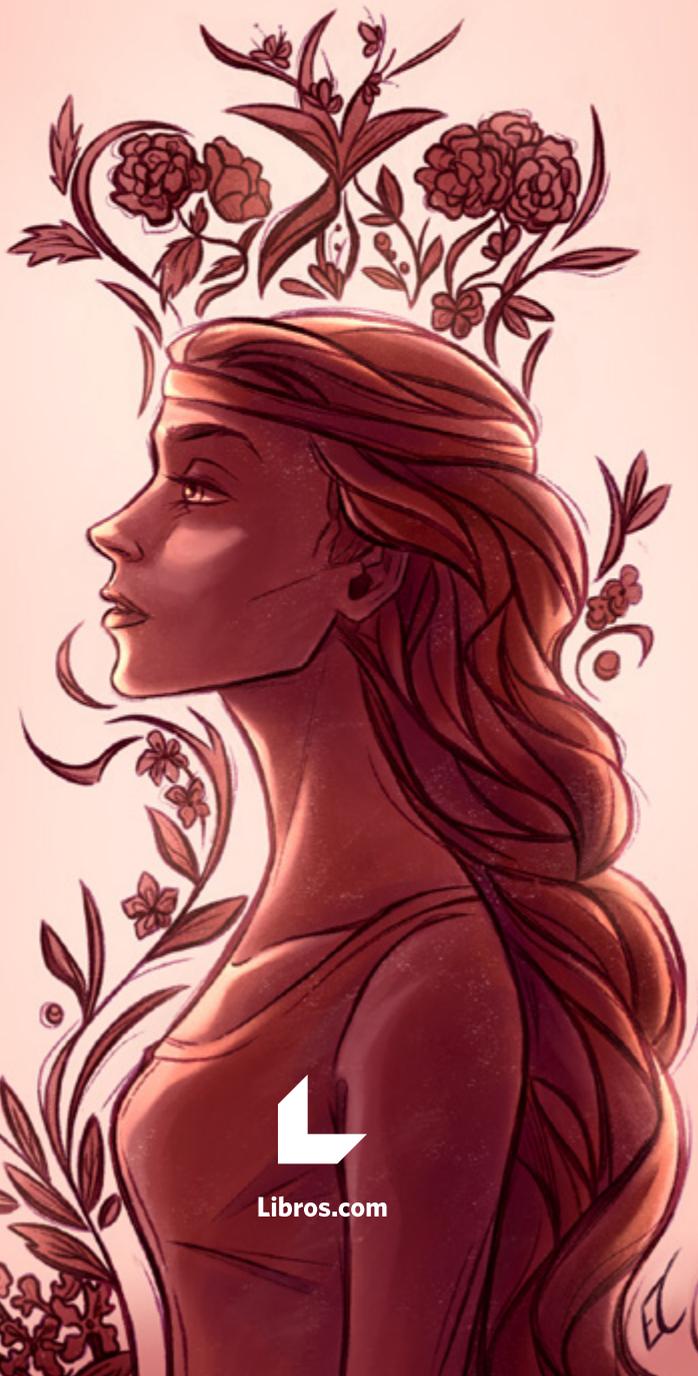


María Estela Crisóstomo Siverio

TRAS LA CORONA

Reinas y emperatrices de otros tiempos



Libros.com



Primera edición digital: julio 2023
Campaña de crowdfunding: equipo de Libros.com
Composición de cubierta: Mariona Sánchez
Maquetación: Paula Casado
Primera corrección: Lucía Triviño
Revisión: Patricia Á. Casal

© 2023 María Estela Crisóstomo Siverio
© 2023 [Libros.com](https://libros.com)

editorial@libros.com

ISBN digital: 978-84-19174-62-8

María Estela Crisóstomo Siverio

TRAS LA CORONA

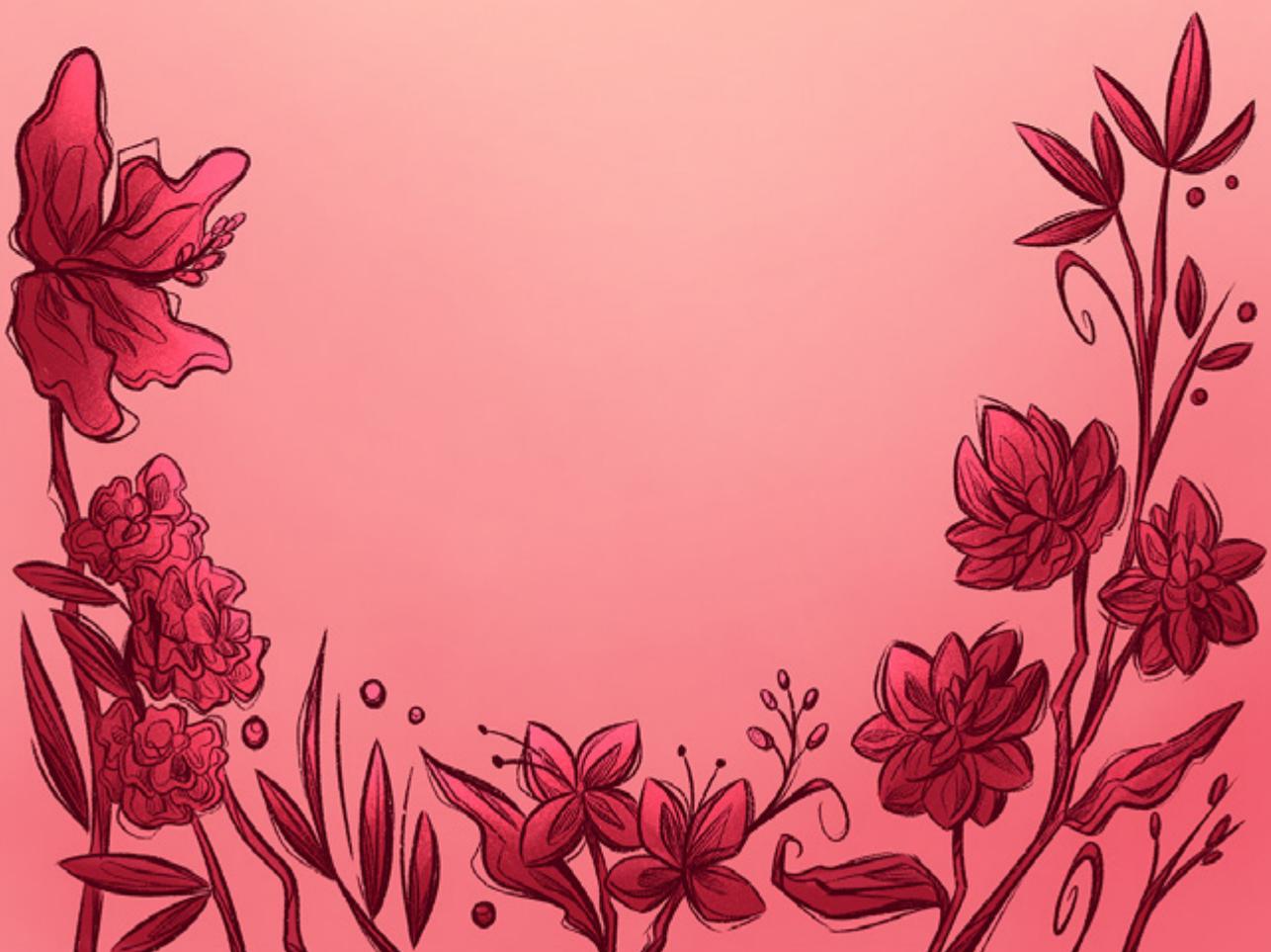
Reinas y emperatrices de otros tiempos

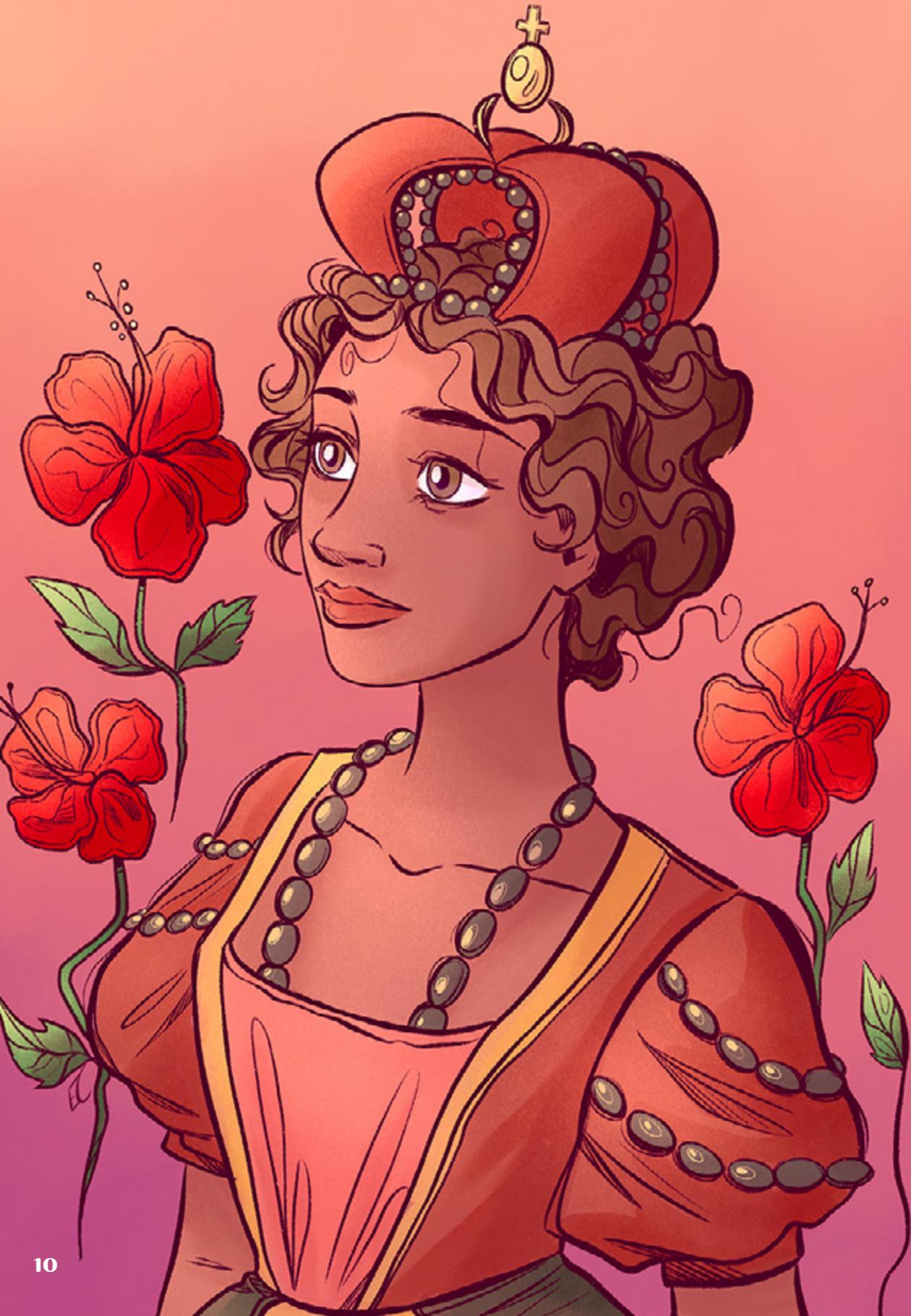


Índice

Adélina de Haití.....	11
Alejandra Románova	15
Amelia de Beauharnais	21
Ana María Huarte de Iturbide.....	27
Arminda Masequera	33
Boudica	37
Cixí	41
Emperatriz de China	41
Cristina de Suecia	47
Fredegunda de Neustria	51
Genepil	55
Grace Kelly	59
Himiko	65
Inés de Castro.....	69
Irene de Bizancio	73
Julia Domna	77
Kösem.....	81
La reina Myeongseong	87
Lakshmi Bai	91
Leonor de Aquitania.....	95
Liliuokalani	99
Margarita I de Dinamarca	103
María de las Mercedes de Orleans.....	107
Melisenda de Jerusalén.....	111

Nefertari	115
Nzinga Mbandi.....	119
Semíramis	123
Soraya Esfandiary	127
Teuta de Iliria.....	131
Urraca I de León.....	135
Zenobia de Palmira	139





Adélina de Haití

Emperatriz consorte

La historia de Adélina Lévêque es similar a aquellos relatos que se contaban y se transmitían de generación en generación acerca de jóvenes humildes que se convertían en princesas, reinas o, incluso, emperatrices, y gozaban de un poder sin igual; en ocasiones, sin esperarlo si quiera.

En la isla de Haití nació una niña, de nombre Adélina, a la que sus padres, Dérival Lévêque y su esposa Marie Michèl, quisieron y cuidaron junto a sus otros cinco hermanos. Aunque el padre de Adélina trabajaba como diplomático, la familia era muy humilde, y necesitaban suministros para abastecer a sus hijos, por lo que no debe extrañar que la niña comenzase a trabajar desde muy pequeña. Su labor era la de vender pescado a los transeúntes que pasaban por las calles de su localidad, pues el único pensamiento que rondaba la mente de la pequeña era garantizar el sustento de sus hermanos. Pero pronto, la vida de Adélina cambiaría para siempre.

Uno de aquellos días, apareció por las estrechas calles de la ciudad un general que se sintió profundamente atraído por la joven pescadera. Ella se enamoró al instante, y ambos comenzaron una relación sentimental que se prolongó durante largos años.

Aquel general que la había deseado desde el primer día se llamaba Faustino Soulouque, y fue quien poco a poco comenzó la ardua tarea de escalar puestos hasta llegar al poder.

Durante aquellos felices años de encuentros entre los enamorados, tuvieron una niña en 1842 a la que llamaron Geneviève Olive. Sin embargo, todo cambió cuando Faustino alcanzó la presidencia de la República de Haití.



Fue elegido por los miembros del Senado, que buscaban en el nuevo candidato un títere al que poder manipular. Pero pronto darían cuenta de su error.

Por primera vez, la familia comenzó a vivir una situación inimaginable, rodeados de lujo y privilegios de los que poder gozar. A pesar de esta nueva condición, Adélina no era respetada por los de su clase, pues había concebido una niña fuera del matrimonio, y por aquel entonces no se podía tolerar semejante situación. La pareja no dudó en casarse para acabar definitivamente con las burlas y la mala reputación que les precedía. Después de aquel casamiento, la joven Adélina, de 26 años, se convirtió en la esposa del presidente y comenzó a ser respetada.

Con el tiempo, Faustino se dio cuenta del poder que tenía en su mano y no dudó en deshacerse de aquellos que se oponían a su gobierno, además de asesinar a todos los mestizos descendientes de blancos y negros en la ciudad de Puerto Príncipe, hecho que favoreció a la población negra de Haití y a sus seguidores. Con esta temida decisión, Faustino marcó el final de la república y dio comienzo a un nuevo Segundo Imperio o Imperio de Haití, el 26 de agosto de 1849.

Su política absolutista fue radical. Las continuas decisiones que tomaba eran muy temidas en el país, pues los asesinatos de opositores eran cada vez mayores y el odio del emperador se acrecentaba hacia aquellos que no estuviesen de acuerdo con el nuevo gobierno. Entre aquellas personas se encontraba el general Pedro Santana, que lideraba un ejército que buscaba la independencia de la República Dominicana. A pesar de los esfuerzos del emperador por mantenerlos bajo la soberanía del imperio, los independentistas consiguieron al fin la victoria.

A pesar de la derrota, se celebró la coronación de los emperadores. Tuvo lugar en 1852, y se igualó en grandeza a la majestuosa y opulenta ceremonia de Napoleón y su mujer, Josefina Bonaparte. Este despliegue se debió en parte al deseo de Fausto y Adélina de crear un imperio semejante al napoleónico; algo que consiguieron.



La emperatriz pasaba sus días con su numeroso séquito de damas de la corte celebrando lujosos bailes, asistiendo a actos públicos junto a su marido e hijas, y controlando las visitas diplomáticas que debía atender. Su vida se igualaba a la de las reinas europeas de la época, sumida en el lujo y las suntuosas fiestas, pero también debía mantener una adecuada relación con los demás reinos. Durante aquel gobierno, Adélina tuvo a su segunda hija, Célestine Marie Françoise, y se encargó de gran parte de su instrucción.

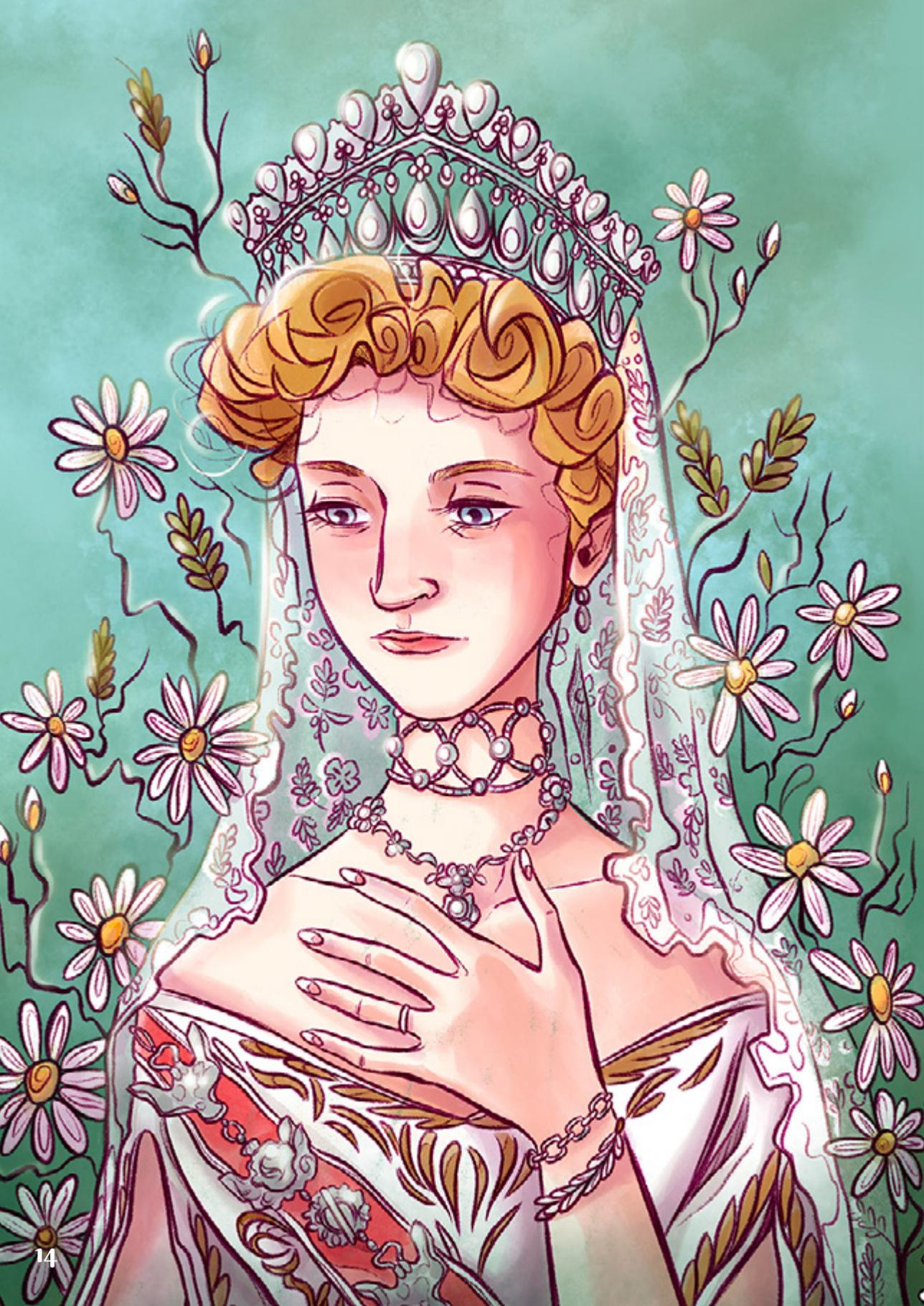
Pero la paz y el poder de los que gozaba la familia de la emperatriz Adélina pronto desapareció. En 1858 estalló la revolución liderada por el general Fabre Geffrard, firme opositor al poder absoluto de los emperadores. Su rechazo se cristalizó con la entrada de sus tropas en la ciudad, que finalmente se hicieron con gran parte del país. El ejército imperial se mostraba cada vez más debilitado ante los opositores, y con el golpe de Estado del general se abolió el Segundo Imperio y se declaró la Tercera República de Haití.

Al verse oprimidos por los revolucionarios que atacaron sus puertas, los emperadores solicitaron ayuda al país francés, pero estos no se la concedieron. Finalmente, y con la ayuda de los británicos, Adélina, sus hijas y su marido arribaron a las costas de Jamaica, donde vivieron cómodamente largos años gracias a la gran fortuna que habían conseguido llevarse consigo.

Tras algún tiempo, los republicanos permitieron a los antiguos emperadores volver a su tierra, pero nada más llegar a Haití, Faustino falleció. Adélina lloró amargamente la pérdida del que, para ella, había sido su gran amor, pues permanecieron juntos casi toda su vida.

Adélina vivió en compañía de sus hijas y sus nietos en la ciudad de Puerto Príncipe, en un rico palacio que se le había cedido. Fue en aquel ambiente donde murió, en 1878, a los 58 años de edad. Adélina, la que había trabajado como pescadera para luchar contra la pobreza y la que se había convertido en una poderosa emperatriz, fue enterrada junto a los restos de su amado emperador.





Alejandra Románova

La última zarina

Alejandra Fiódorovna Románova —también llamada Victoria Alicia Elena Luisa Beatriz de Hesse-Darmstadt, o Alix de Hesse y el Rin— fue una joven princesa que nació el 6 de junio de 1872 en el Gran Palacio Ducal de Darmstadt Hesse, Alemania. Alejandra era hija del gran duque de Hesse, Luis IV, y de la princesa Alicia del Reino Unido.

Durante sus primeros años, Alejandra vivió tranquila y feliz junto a sus padres y hermanos, pero en 1878 su madre y algunos de sus hermanos fallecieron por difteria. Este hecho hizo que la vida de la niña, que solo contaba por aquel entonces con 6 años de edad, cambiase por completo. Fue entonces cuando la reina Victoria de Inglaterra se dedicó al cuidado de la joven Alix, como fue cariñosamente llamada entre sus más cercanos. Todas estas desgracias conformarían su carácter retraído y triste.

Los años pasaron y la joven princesa, que creció junto a la gran familia británica, conoció al que sería poco tiempo después su futuro esposo, el zarévich Nicolás II. Ambos se conocieron gracias al noviazgo de la hermana de Alejandra, Isabel de Hesse, con el gran duque Sergio Aleksándrovich de Rusia. Nicolás y Alejandra se enamoraron al instante, sin embargo, tanto los padres de Nicolás, por aquel entonces zares de Rusia, como la reina Victoria de Inglaterra, se opusieron a este enlace. Los primeros no querían sangre alemana en su corte, mientras que la segunda veía en este enlace un desajuste en las alianzas europeas. A pesar de ello, el zar Alejandro III, padre de Nicolás, concedería finalmente su beneplácito al futuro enlace de la joven pareja, convirtiéndose en los últimos zares de la Rusia imperial.

Cuando el zar murió, Nicolás tuvo que asumir el gobierno del Imperio ruso. Le confesó a su amada Alejandra que tenía miedo, pues no había sido instruido en aquella dura tarea. Alejandra, convertida en la nueva zarina, le aseguró que siempre se mantendría fiel a su

lado. Ella confiaba en que todo saliese bien, pero desconocía la ignorancia del zar en asuntos de gobierno.

Ambos se casaron inmersos en una triste ceremonia que aún lloraba la reciente muerte del zar Alejandro III. Dada la situación del enlace, muchos auguraron un mal presagio para los Románov.

Durante los primeros meses de matrimonio, los recién casados no ocultaban el amor tan grande que se profesaban, un sentir que se ve reflejado en las cartas que compartieron.

Sus tardes de lectura y de paseos fueron escasos. El zar se quejaba de que apenas podía ver a su esposa, pues las obligaciones de gobierno lo absorbían, y Alix admitió en sus cartas sentirse muy sola al ser tratada como una extranjera y ser ignorada incluso por su suegra.

Alejandra y Nicolás vivieron en el opulento palacio de Invierno, donde pudieron disponer de más tiempo para ellos. Aquel palacio había sido el hogar de todos los zares, un lugar que mostraba el poder del que gozaba el Imperio ruso. Allí se celebraban los ricos bailes y recepciones en los que Alejandra debía impresionar y sobrecoger con su sola presencia, pero la gente la repudiaba. Llegaron a describirla como una mujer tímida, torpe y de mal gusto a la hora de vestir. La zarina no fue respetada por el pueblo ruso, su nombre era el centro de todos los cotilleos, se mofaban de su mirada triste y de su silencio. Alejandra no sucumbió ante la falta de acogida y las duras críticas, y decidida ayudó a su inexperto marido a gobernar. Lo que sí poseía la zarina era el carácter del que carecía Nicolás.

A los pocos meses, Alejandra dio a luz a su primera hija, la gran duquesa Olga, a la que cuidó ella misma, sin solicitar la ayuda de los sirvientes. Los zares tuvieron otras hijas: Tatiana, María y Anastasia. Los padres, orgullosos y felices, pasaron gran parte de su tiempo con ellas, pero también tuvieron que soportar con pesar la desaprobación de sus familiares al no ser capaces de ofrecer al pueblo ruso un hijo varón.

Uno de los hechos más trágicos que se vivió tras la coronación de los zares fue el posterior festejo de comida y bebida que ofrecieron al pueblo

